

## *Cartas a quien pretende enseñar*

**Freire, Paulo (2005).** *Cartas a quien pretende enseñar*. México: Siglo XXI



*Elaborado por: Martha Vitalia Corredor Montagut\**

“Cartas a quien pretende enseñar” es una de las últimas obras escritas por Paulo Freire, pedagogo brasileño de gran influencia en los cambios y renovaciones educativos, de quien es importante recordar su insistencia en hablar de la coherencia personal, esto es, entre lo que se dice y lo que se hace.

Este es un libro que Freire dirige a los maestros, específicamente a las maestras, pero para defender su identidad y legitimidad, para reconocerles su labor, para desafiarlos a luchar por sus ideales

y sueños y para dialogar con ellos sobre la importante tarea de enseñar. En uno de sus mejores momentos literarios, discute cuestiones cotidianas en la vida de un maestro en el lenguaje cercano e informal de una carta, comparte sus vivencias personales para mostrar el derecho que tiene todo maestro a equivocarse y hacer lo correcto, a trabajar en la realidad y a soñar por ideales, a hacer las tareas con calidad y a luchar por su dignidad, a ser humano y a ser héroe en el ejercicio de su profesión. Lo que quiere Freire es que los maestros

que lean esta obra se comprometan a mantener un diálogo crítico que tenga como campo de referencia la propia práctica docente.

Cada carta es un llamado a pensar críticamente en la práctica y un testimonio que demuestra que esto es posible y necesario. Inicia con una reflexión sobre la tarea de enseñar como tarea profesional que exige amorosidad, creatividad y competencia científica, lo que implica cierta militancia y ciertas características en su realización. Freire plantea que el proceso de enseñar implica el de educar y contiene la pasión por saber, por lo que quien quiera hacerse maestro necesita de una disposición permanente a la defensa de los derechos, un compromiso con construir una escuela para gozar, disfrutar, crear y amar cuanto se hace, una renuncia a la pasividad, una actitud abierta para crear e innovar, para amar a los alumnos, para disfrutar cuanto se hace, para aprender de los errores y cumplir mejor los deberes.

En la primera carta, Freire hace alusión al significado del enseñar y el aprender para reafirmar que *“el enseñar no existe sin el aprender...el acto de enseñar exige la existencia de quien enseña y de quien aprende”* (p. 28). Este es el llamado a la humildad del educador, para que mientras enseña sea capaz de mostrar una mente flexible y abierta para repensar lo planificado y revisar sus puntos de vista cuando los estudiantes señalen diversos caminos, que siempre estarán

llenos de sugerencias, interrogantes y problemáticas que muchas veces el educador no percibe. Esta tarea de enseñar compromete al educador con su formación permanente no solamente en el contenido a enseñar, sino también en lo pedagógico y educativo. Insiste en la necesidad de tener claros los procesos de estudiar, leer, observar y reconocer las relaciones entre los objetos, porque son fundamentales en la construcción del conocimiento y que deben ser asumidos como fuente de alegría y placer.

La preocupación por la lectura como tarea esencial en el acto del conocimiento motiva el tema de la segunda carta. Precisamente, Freire insiste en no dejarse paralizar por el miedo de no comprender un texto y comparte algunas estrategias para hacer de la lectura un instrumento fundamental para constituirnos en lectores críticos, es decir, aquellos que *“leen, discuten, critican, mejoran o reinventan los textos”* (p. 49), esto es lectores que producen la inteligencia de los textos y hacen de la lectura un apasionado acto de aprendizaje. Luego, sigue la tercera carta que es una invitación y análisis para comprometer al maestro en la lucha por su reconocimiento como profesional de la educación puesto que ha de formarse para realizar con responsabilidad y alta calidad la tarea de enseñar, de formar las personas, los ciudadanos y profesionales que velarán por el mejoramiento y mejor calidad de vida de sus regiones y del país; es el cuestionamiento de la importancia de la lucha por lograr políticas de estado

que muestren el reconocimiento de la educación de calidad como factor necesario para la transformación social.

En el corazón del libro nos invita el autor a cuestionarnos y mirarnos frente a las cualidades que él considera debe tener todo verdadero maestro si quiere constituirse en un mediador de procesos de formación integral; es el llamado a revisar en nosotros la humildad, la amorosidad, la valentía, la tolerancia, la decisión, la seguridad, la tensión entre la paciencia y la impaciencia, la alegría de vivir, puesto que se constituyen, según Freire, en las cualidades por excelencia para crear una escuela *“en la que se piensa, en la que se actúa, en la que se crea, en la que se habla, en la que se ama, se adivina la escuela que apasionadamente se le dice si a la vida”* (p.70). Personalmente, es la carta que más he disfrutado, que más me ha cuestionado y a la que más le he sacado jugo en mi vida de maestra.

La quinta carta es una invitación a constituir el espacio de la clase en objeto de lectura por parte del maestro y de los educandos. Es una invitación para que en el aula asumamos la tarea de observar, comparar, intuir, imaginar, liberar la sensibilidad, creer en los otros, dejar lugar a la imaginación y a la comprensión de los hechos y las relaciones que se dan entre éstos; así mismo, nos señala la importante tarea de registrar todo esto para evaluarlo, ratificar y rectificar mediante un diálogo crítico y abierto con los educandos

lo que favorece o no los procesos de enseñar y aprender. Esta, plantea Freire, *“es una nueva manera de entender lo que es enseñar, lo que es aprender, lo que es conocer, de la que Vygotsky no puede estar ausente”* (p. 81).

Una seria reflexión sobre la importancia y los efectos de las relaciones educadores – educandos es el tema de la sexta carta. Freire hace alusión e insiste en la importancia que tiene la coherencia entre el discurso y la práctica puesto que se constituye en un testimonio que tiene efectos inmediatos, puede dar reconocimiento o generar pérdida de autoridad del maestro. Es pues una reflexión a apostarle al reconocimiento y respeto por el otro, a la disposición a favor de la libre expresión, la justicia, el derecho de ser, el derecho de equivocarse, a la inclusión, a la democracia, al diálogo abierto, en fin a apostarle a una relación maestro-alumno que hiciera realidad lo que decía alguna adolescente a Freire en una ocasión, *“yo quisiera una escuela que no fuese parecida a mi mamá. Una escuela que creyese más en los jóvenes y que no pensase que hay un montón de gente esperándonos sólo para hacer daño”* (p. 93).

La séptima carta invita a reconocer la necesidad que tienen los educadores a decir NO a las posiciones autoritarias y a las incoherencias entre el discurso y la práctica, para comprometerse con el diálogo sobre los contenidos a enseñar y sobre la vida misma, con ambientes abiertos y libres para favorecer el

aprendizaje y la formación de personas y ciudadanos. Es la mirada a nuestro actuar docente para evaluar si éste favorece la creación de ambientes acogedores y que hagan posible el expresarse y ser escuchado, el escuchar al otro, la tolerancia, los consensos, el acatamiento de decisiones de la mayoría, el gusto por la crítica, el debate y la pregunta. Esto significa asumir la responsabilidad a la que hace alusión Freire al final de la carta sobre que *“como educadoras y educadores somos políticos, hacemos política al hacer educación. Y si soñamos con la democracia debemos luchar cada día y noche por una escuela en la que hablemos a los educandos y con los educandos, para que escuchándolos podamos también ser oídos por ellos”* (p. 102).

En dos de sus últimas cartas hace Freire un llamado para que el maestro le apueste a la escuela democrática, abierta a la realidad del contexto de los estudiantes como requisito para comprenderlos mejor, ejercer muy bien la actividad docente y estar dispuesto a aprender de las relaciones con el contexto concreto en el que viven y se mueven los estudiantes. El docente ha de comprender que la educación es una

práctica política y, por tanto debe ser coherente con esta opción.

Finalmente, en su décima carta Freire retoma la cuestión de la disciplina intelectual sin la cual no es posible el trabajo intelectual, el aprendizaje, la comprensión de los textos, la escritura como medio de tomar distancia entre lo que se escribe y pronuncia, la observación, el análisis de hechos y la relación entre éstos. El maestro ha de apostarle a la disciplina en cuanto hace, en los actos de leer, de escribir, de leer y escribir, en el de enseñar y aprender, en el proceso de conocer, en el respeto de la cosa pública, en el respeto mutuo; ha de ir formando para la disciplina social, cívica y política que son indispensables para el ejercicio de la democracia. Termina Freire su libro con una alusión al “saber crecer y todo que ver”, que en definitiva se constituyen en que *“no es posible saber sin una cierta dosis de crecimiento y no es posible crecer sin una cierta dosis de sabiduría”* (p. 134).

Maestro apuéstele a gozarse este libro de Freire pero con el firme propósito de interrogar en todo momento su ser y actuar docente.